

Enriqueca Aymer



Cuento de la Buena Madre.

Había una vez en una ciudad de Francia llamada Poitiers, un castillo en el que vivían los marqueses de la Chevalerie. Eran muy felices, tenían mucho dinero, pertenecían a la nobleza (por eso podían vivir en un castillo), iban a fiestas, comilonas, banquetes... pero era también una familia con un gran corazón, eran bondadosos, generosos, y sobre todo eran amigos de Jesús.

Los marqueses de la Chevalerie tuvieron una niña, estaban tan contentos y tan emocionados que decidieron llamarla... Luisa Victoria Catalina Enríqueta Mónica Aymer. ¡Cuántos nombres! Pero es que en el siglo XVIII a los niños que nacían en los castillos les ponían muchos nombres. Claro, que para llamarla no los usaban todos... simplemente la llamaban Enríqueta.

Enríqueta no iba al colegio, tenía una profesora, que se llamaba institutriz, que iba a darle clases en el castillo, lengua, matemáticas, música (tocaba muy bien el piano) y ¡¡hasta clases de buenos modales!!

También iba a muchos bailes y a muchas fiestas... Vivía muy contenta y feliz. Y la verdad como cada vez que salía de su castillo era para ir a visitar a algún familiar o amigo pues no sabía muy bien lo que pasaba en el resto del país.

Pero ocurrió que en ese país (que por cierto no hemos dicho que se llamaba Francia) hubo una revolución: Es que los pobres (los que no vivían en castillos) pues ya no querían ser pobres, y decidieron hacer un poco de guerra. Empezaron guillotinando a Luis XVI, que era Rey de Francia (le cortaron la cabeza), persiguieron a los nobles (los que eran como Enríqueta), persiguieron a los sacerdotes, a los religiosos... a todas las personas que tenían que ver con la Iglesia. La vida de Enríqueta y su familia se paralizó: cesaron los bailes, las fiestas... La gente que vivía en los castillos tuvo que huir o esconderse, porque sus vidas estaban en peligro.

Enríqueta y su madre también tuvieron que abandonar el castillo. Se habían quedado solas. Tenían siempre presente a Jesús en sus vidas. Sabían que Él les daba fuerzas para continuar día a día. El país estaba cada vez

peor, habían guillotinado a un montón de nobles, de sacerdotes... la gente estaba muy asustada. Enríqueta y su madre decidieron que una forma de ayudar a aquellos a los que querían matar era escondiéndolos en su casa. Y eso hicieron, dar cobijo a varios sacerdotes.

Un día, una vecina que era un poco envidiosa, descubrió que en la casa de Enríqueta había un sacerdote escondido, y decidió denunciarlo. Esa misma noche cogieron prisioneras a Enríqueta y a su madre y las llevaron a la cárcel. ¡Ufff! ¡Que miedo pasaron! Cada día llegaba el carcelero con una lista de nombres... los que estaban en esa lista...pues... ¡guillotina! Este carcelero tenía una hija que todos los días acudía a la cárcel para llevar la comida a su padre. A Enríqueta le encantaban los niños, y claro, no podía resistirse a hablar con ella cada día. Melanía, que así se llamaba la niña, y Enríqueta se hicieron muy amigas. Enríqueta, además, enseñó a Melanía todo lo que ella había aprendido en sus clases del castillo: a leer, a sumar, buenos modales...

Los nombres de Enríqueta y de su madre empezaron a salir en la lista... en la lista de los que iban a guillotinar... pero el carcelero, viendo que Melanía era muy feliz con Enríqueta y que además estaba aprendiendo muchas cosas, cada vez que veía sus nombres escritos, los ponía al final de la lista. Y así fue pasando la revolución, las cosas se fueron calmando en Francia y Enríqueta y su madre consiguieron salir a salvo de la cárcel.

Enríqueta y su madre eran libres, pero no tenían dinero y todos sus bienes (su casa, sus tierras...) se las habían quitado. Enríqueta había pasado mucho tiempo en la cárcel, tiempo en que había rezado y hablado con Jesús todos los días. Sabía que no había estado sola, que Jesús había estado a su lado. Había decidido entregarle su vida.

Un día Enríqueta conoció a un sacerdote, José María Coudrín, que le contó todo lo que le había sucedido durante la revolución Francesa: Pedro quería ser sacerdote, así que se ordenó en secreto. Como al resto de los sacerdotes, le querían cortar la cabeza, así que se escondió en un granero. Paso unos cuantos meses, rezando y celebrando a

escondidas la Eucaristía. Pero un día decidió que ya estaba bien, que tenía que salir para contarle al resto de las personas lo bueno que era seguir a Jesús. Recorrió Poitiers disfrazado de un montón de cosas, de pobre, de enfermo... incluso un día se hizo pasar por muerto para que no lo cogieran y le llevaran a la cárcel.

Enríqueta y José María se hicieron amigos y decidieron formar juntos una gran familia, la familia de los Sagrados Corazones. Fue en una noche de Nochebuena...

Enríqueta trabajó mucho. Recorrió Francia de un lado a otro fundando conventos. Pero como en aquella época no había aviones pues Enríqueta iba montada en una carreta (¡Enríqueta! ¡Enríqueta! ¡Del castillo a la carreta!!) Se preocupaba por todas las hermanas que poco a poco se fueron uniendo a José María y a ella. Era como una madre, una Buena Madre para ellas.

Enríqueta se preocupaba por todos los trabajos que se estaban haciendo dentro de la gran familia de los Sagrados Corazones. Estaba muy preocupada por la educación de los

niños pobres, por eso decidió hacer colegios para ellos.

La Buena Madre siempre decía que había que aprender a mirar como miraba Jesús, vivir como había vivido Jesús y anunciárselo a todo el mundo.

Enríqueta murió el 23 de Noviembre de 1834. Pero ahora los Sagrados Corazones están en muchos países del mundo; España, Francia, Irlanda, Bélgica, Mozambique, Calcuta, Colombia,...

